

EPÍLOGO PARA LA EDICIÓN EN INGLÉS: EL MUNDO EN EL INTERVALO DE REACOMODO

En junio de 2002, en el momento de entrar este libro en imprenta, el mundo se encuentra en el intervalo de reacomodo. Las decisiones tomadas en esta encrucijada determinarán cuán larga, cuán profunda y cuán extendida será la recesión actual y si lo que tenemos por delante va a ser una depresión, una época de oropel o una verdadera época de bonanza.

Según la interpretación presentada aquí, el periodo de instalación de la quinta gran oleada de desarrollo actual terminó con el colapso de la burbuja del NASDAQ, en marzo de 2000. A partir de entonces, la economía de Estados Unidos se vio amenazada por una recesión, cuyo desarrollo, durante los cinco primeros meses de 2001, intensificado luego por la destrucción del World Trade Center, preparó el terreno para una profunda reestructuración institucional.

Todavía no está claro si los peores problemas de los mercados bursátiles pasaron ya, ni si la reconexión entre valores reales y de papel va a requerir todavía una o dos grandes sacudidas más. Pero los problemas estructurales causantes de la recesión son patentes y aguardan resolución, mientras la revolución informática está a la espera de condiciones apropiadas para desplegar la segunda mitad de su potencial de crecimiento y de generación de riqueza.

Si la economía mundial ha de moverse hacia una fase de crecimiento sinérgico, es preciso contar con un nuevo marco regulatorio junto con las organizaciones globales capaces de hacerlo efectivo. Éste es un tiempo para la imaginación institucional. La regulación financiera es sólo una pequeña parte —aunque quizás la más crucial— dentro de la amplia gama de transformaciones requeridas. Dada la naturaleza del paradigma actual, estos cambios son necesarios en varios niveles de acción diferenciada: local, regional, nacional, supranacional y, especialmente, global.

En el periodo equivalente de la cuarta oleada, a comienzos de la recesión que siguió al colapso de 1929, Keynes advirtió acerca de la necesidad de comprender la naturaleza del problema para estar en capacidad de confrontarlo. En su ensayo *The Great Slump of 1930*, definió la situación de la siguiente manera:

El mundo ha tardado en percatarse de que este año estamos viviendo en la sombra de una de las mayores catástrofes económicas de la historia moderna... En este momento la depresión se ha agravado un poco, probablemente, por razones psicológicas. Por tanto, en cualquier momento puede producirse una modesta reacción al alza. *Pero, a mi juicio, no puede producirse una recuperación real hasta que las ideas de los prestamistas y las de los prestatarios productivos vuelvan a estar de acuerdo entre sí...* [cursivas de la autora] Raramente ha sido, en la historia moderna, tan amplia la brecha entre los dos y tan difícil de salvar. A menos de que inclinemos nuestra voluntad y nuestra inteligencia, vigorizados por la convicción de que este diagnóstico es correcto para encontrar una solución a lo largo de estas líneas, si el diagnóstico *es* correcto la depresión se puede convertir en una crisis, acompañada de un nivel de precios decreciente, que podría durar años, con un daño incalculable para la riqueza material y para la estabilidad social de todos los países.¹

Ése es precisamente el dilema que confrontan los líderes mundiales hoy en día: o diagnosticar equivocadamente la situación y tratarla como una recesión pasajera más, o ponerse a la altura de las circunstancias y asumir la tarea de confrontar un grave problema estructural, comenzando por comprender su naturaleza.

La Historia, sin embargo, tiende a engañar al observador produciendo eventos que desvían la atención de las causas subyacentes involucradas. Para muchos ha sido fácil echarle la culpa de la recesión al ataque terrorista de septiembre de 2001, de la misma manera que resultó cómodo, después de 1973, culpar a la OPEP de la estanflación por haber promovido el alza de los precios del petróleo. Aunque ciertamente ambos eventos intensificaron el problema, no fueron la *causa* de las recesiones, las cuales en ambos casos claramente habían comenzado anteriormente y eran de naturaleza estructural. Las explicaciones basadas en colapsos exógenos (siempre, de hecho, síntomas parciales de las mismas causas más profundas) llevan a la insistencia impotente en la aplicación de viejas recetas económicas a problemas estructurales nuevos. Esas recetas sólo pueden conducir a éxitos frágiles y de corto plazo, vulnerables ante eventos relativamente menores.

El capital financiero ya cumplió con su parte de conducir la difusión intensiva del nuevo paradigma y la instalación y puesta a prueba de la nueva infraestructura. Suficientes porciones del mundo de los negocios y de los consumidores asimilaron ya el nuevo sentido común y son capaces de continuar el proceso de transformación. Ahora corresponde al capital productivo asumir el liderazgo, expandir la producción y ampliar la demanda

¹ Keynes (1930:1931:1988), pp. 134 y 141 [cursivas de la autora].

teniendo al capital financiero en una función de apoyo.² Sin embargo, este cambio en las reglas del juego puede no ser fácil, porque el colapso financiero no ha sido lo suficientemente grande como para llevarse por delante el exceso de autoconfianza.

No obstante, el tránsito a la fase de sinergia se realiza a través de la recomposición institucional. Pasar del drenaje de la burbuja a la época de oro o de bonanza exige superar las tres tensiones estructurales acumuladas, causantes de la recesión.³ Las tres exigen acciones institucionales bien dirigidas.

La tensión entre el crecimiento de los valores de papel y la verdadera capacidad de generación de riqueza, parcialmente aliviada por el colapso, sólo puede ser superada por medio de regulaciones estrictas y aplicadas con rigor, para restringir las prácticas de la economía de casino. El racimo de revelaciones sobre los escándalos contables en Enron, WorldCom y otras grandes corporaciones no debería verse como una epidemia de deshonestidad súbita e inesperada que azotó a la comunidad de los negocios. Esos casos son más bien consecuencia de la presión extrema impuesta sobre el mundo productivo por el mundo de las finanzas, durante la burbuja del frenesí, para que alcanzaran niveles de beneficio nada realistas. Una caída en las ganancias, acontecimiento normal en la vida de cualquier compañía, significaba un colapso catastrófico en su valor bursátil. Por lo tanto, durante el frenesí, el crimen sí pagaba.⁴ Sólo medidas capaces de bajar las expectativas de beneficio hasta niveles alcanzables pueden permitir a las firmas productivas dirigir sus empresas con objetivos estratégicos en mente. En este intervalo de reacomodo, los criterios financieros de corto plazo, además de estimular la deshonestidad, ya no sirven para orientar la inversión y las decisiones tecnológicas dirigidas a la expansión sostenida de la producción y los mercados. Como en momentos equivalentes en el pasado, la regulación es uno de los principales instrumentos para lograr ese cambio.

La segunda tensión —aquella entre el potencial para expandir la producción, por una parte, y el perfil y el ritmo de la demanda existente por el otro— requiere de políticas capaces de activar deliberadamente los mercados de los nuevos motores del crecimiento. La saturación prematura del mercado en *chips* microelectrónicos, computadoras, software, telecomunicaciones, y servicios basados en el uso de internet, afecta a toda la economía. Éstos son los sectores dinámicos dotados del potencial capaz de indu-

² Véase más arriba, pp. 170-171.

³ Véase más arriba, pp. 159-163.

⁴ Véase más arriba, pp. 110-111, 152-154 y 194.

cir múltiples nuevas actividades de negocios a su alrededor, así como de arrastrar a todas las demás industrias y la economía mundial. Por lo tanto, el impacto será muy diferente según sea la selección de industrias a estimular con la demanda gubernamental, y según sean las políticas con relación al perfil de distribución del ingreso.

No obstante, en el mundo globalizado del paradigma actual, la demanda es también global. La mejor promesa de expansión masiva del mercado parecería estar en la incorporación de más y más países al crecimiento, inversión, producción y consumo globales. El crecimiento en las mayores economías del mundo en desarrollo, junto con China, Rusia y el grupo de países ex socialistas de Europa Oriental, podría servir como una primera fila para jalar a todas los demás. Es muy obvio que estos mercados potencialmente enormes están muy lejos de la saturación.

Sin embargo, no se debe subestimar el potencial remanente en los mercados del mundo avanzado. Cuando la intensa sensación de cambio tecnológico del frenesí en la década de 1990 es seguida por una recesión, puede producirse un pesimismo mal orientado, en cuanto tiene que ver con la futura expansión de la revolución informática y la sociedad del conocimiento. Una comparación con la era de la producción en masa puede ser ilustrativa. A finales de la equivalente fase de frenesí, en 1929, había 23 millones de automóviles registrados en Estados Unidos en momentos en los cuales la población adulta era de 72 millones. Esa cobertura de 32% del mercado, parecía entonces insuperable. La saturación real del 70% fue alcanzada hacia finales de la época de bonanza, alrededor de 1970.⁵ Cifras similares se aplican a los mercados de electrodomésticos y la construcción, así como la cobertura y utilización de las infraestructuras de ese paradigma: las omnipresentes redes de carreteras y electricidad. Los mercados alcanzados entre los años cuarenta⁶ y sesenta, incluyendo el florecimiento de los materiales sintéticos y de innumerables actividades inducidas en el comercio y los servicios alrededor de la vida suburbana y la electricidad, hicieron que los niveles de mercado del frenesí de los años veinte aparecieran relativamente modestos. Los paralelos con las computadoras e internet pueden hacerse muy fácilmente.⁷

⁵ Departamento de Comercio de los Estados Unidos (1975), pp. 10 y 716.

⁶ Véase más arriba la discusión sobre la inercia institucional causante de la prolongada depresión de la década de 1930 en los Estados Unidos, pp. 176-178.

⁷ Y la similitud se extiende hasta los pronósticos pesimistas. Landes (1969), p. 484, reporta que el consejero económico de la Federación de Industrias Británicas predijo en 1944 que la economía perdería impulso porque las últimas constelaciones innovadoras, asociadas con la electricidad y el transporte a motor, se habían agotado

En relación con la tercera tensión —es decir, las presiones sociales y políticas generadas por el cisma entre los países florecientes y los países atrapados en la deuda y la crisis económica— dada la globalización creciente de la economía, la acción decidida para aliviar esa situación resultaría probablemente la contribución más decisiva para superar el problema de la saturación de mercados. De no revertirse la polarización global, este fenómeno plantea serias amenazas a la seguridad y estabilidad de los países prósperos. Entre ellas se encuentran las migraciones masivas, diversas formas de violencia y la irrupción de severas crisis económicas, como las de Argentina, cuyas consecuencias podrían arrastrar a otros.

Por lo tanto, las tareas son complejas y diversas: el diseño de un marco regulatorio adecuado y aplicable, la implementación de formas de intervención efectiva y el rediseño del perfil de la demanda a fin de extender la revolución informática, y la actuación decidida en ambos lados de la división actual del mundo para estimular una verdadera economía global, expandiendo la generación de riqueza por todo el planeta.

Ninguna idea es demasiado audaz en tanto aplique los principios del ‘sentido común’ del nuevo paradigma tecnoeconómico. Como en otros intervalos de reacomodo, la imaginación tiene que mirar hacia adelante, no hacia atrás, y no hay recetas listas y disponibles. Cada revolución tecnológica es diferente, cada paradigma es único, cada conjunto de soluciones tiene que ser coherente con el problema a superar y con la lógica del paradigma tecnoeconómico, sus oportunidades y sus prácticas óptimas. Cada modo específico de crecimiento, construido para desplegar la segunda mitad de cada revolución, implica un conjunto de valores ideológicos y moldea la manera como estas oportunidades se van a desenvolver y cuáles de entre ellas serán aprovechadas.⁸

Las generaciones presentes están viviendo un periodo cuyo contexto requiere de una intensa creatividad social e institucional. El sentido de urgencia cada vez más prevaleciente, genera nuevas propuestas, de mayor o menor alcance, más o menos ambiciosas, desde teorías económicas alternativas hasta medidas y políticas prácticas.⁹ Hay también muchos espacios

⁸ El fascismo en los años treinta del siglo XX seleccionó, dentro del potencial de la producción en masa, opciones muy distintas de las seleccionadas por las democracias keynesianas en la posguerra.

⁹ Ejemplos de esfuerzos colectivos por construir teorías económicas alternativas son The Other Canon, www.othercanon.org, The Post Autistic Economic Network, www.paecon.net y el Programa de Investigación PEKEA (Political and Ethical Knowledge on Economic Activities), www.pekea.free.fr. Entre las propuestas que señalan la dirección del cambio, véase el breve y

para redirigir la imaginación de los negocios y la innovación tecnológica, a fin de transformar profundamente la sociedad mundial, mediante el desarrollo de formas de producir y vivir verdaderamente intensivas en conocimiento.

Hay por delante muchos conflictos y confrontaciones, negociaciones, acuerdos y compromisos, cuyos resultados conducirán a decisiones fundamentales en cuanto a políticas e instituciones, en todos los niveles y en muchas áreas. El espectro de lo posible es muy amplio y la historia ha mostrado que la violencia, los líderes mesiánicos, las teorías económicas y muchos otros factores sociales, políticos e ideológicos pueden influir en la elección del rumbo. Las fuerzas que van a entablar esas batallas se están reuniendo ahora. Quienes se hagan presentes en el terreno con propuestas viables tendrán participación en el proceso de encauzar la historia social y económica de las próximas dos o tres décadas. Es posible una época de bonanza de expansión mundial. Hacerla realidad requiere pensar en grande, decidir sabiamente y actuar con audacia.

Caracas, 30 de junio de 2002

poderoso ensayo de Chris Freeman (2001b) 'If I ruled the world'; las propuestas de medidas para enfrentar la desigualdad de Richard Jolly (2002), el informe de Sagasti y Bezanson (2001) sobre Bienes Públicos Globales; Radosevic (1999) y Ostry (1992) sobre la armonización entre las regulaciones globales y la inversión extranjera, y los informes de la UNU-WIDER Research Programme (<http://www.wider.unu>) para ayudar a superar la pobreza mundial. Por su parte, Soros (2002) y Stiglitz (1992:1997 y 2002) proporcionan propuestas ambiciosas para reformar las instituciones financieras y comerciales globales.